

I Exaltación del nazareno, a cargo de José Prieto Sicilia

Organiza la **Hermandad Sacramental, Seráfica y Cisterciense de Capataces y Costaleros de la Santa Cruz y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Conversión, Nuestro Padre Jesús de la Sangre en el Desprecio del Pueblo, Nuestra Señora Reina de los Ángeles en sus Misterios Gozosos y Dolorosos y San Juan Evangelista**

2

A solas con Dios

A la gloria, por la penitencia. Al gozo, por el dolor. A la plenitud, por la negación. A Dios, por los caminos que hasta Él nos llevan, que son en Andalucía senderos de cera para pies desnudos, senderos de cera para las alpargatas, los zapatos y sandalias de los pecadores que purgan así sus pecados tras el rastro que deja una alzada cruz de guía.

Porque es en la gloria donde acaba el dolor, porque es al gozo donde lleva la penitencia cumplida, porque es en la plenitud donde desembocan los caminos que llevan hasta el Señor y es en Dios mismo donde descansan quienes se niegan para seguirlo.

Y qué mejor forma de hacerlo que con hábito nazareno. Vestidos el cuerpo y el alma de nazareno comprometido, de nazareno consciente de serlo, de nazareno de ruán y esparto, de nazareno de cingulo y capa, de nazareno de sarga y terciopelo, de nazareno de fajín y raso, de nazareno con roquete o esclavina, de nazareno con cubrerrostro, de nazareno de luz, con palermo, con bocina, con estandarte, con cruz al hombro... de nazareno de Dios.

La paz con vosotros, comunidad de Hermanos Menores Capuchinos, junta de gobierno de la hermandad del Císter, banda de música María Santísima de la Esperanza, hermanos todos en nuestro Señor Jesucristo.

Aquella tarde, Rafael llegó pronto a la iglesia. Hacía semanas que no aparecía por allí. Aún era el silencio. Las naves estaban vacías. Aún la claridad en su mente, antes de que lo asaltaran recuerdos de otros años, antes de las conversaciones, de las fotografías delante de los Titulares, del reencuentro con el hermano de tramo al que no veía desde la última primavera. Faltaban apenas veinte minutos para que comenzara a llegar el grueso de los componentes de la procesión. Él lo sabía. Fue, a conciencia, antes de la hora a la que lo habían citado en la papeleta de sitio. No quería que nada ni nadie lo entretuviese ni distrajese. Tenía que rendir cuentas a Dios. Visitó primero, como acostumbraba, el Sagrario y, tras rendirse ante el Señor, se acercó al paso de misterio y le confesó a su Cristo:

“Vengo de la entraña del pecado, vengo del abismo de la muerte. Hoy vengo a ti, Señor, para purgar mis penas. Para curar mis heridas, que sé que son también las tuyas. Para besar las llagas que sangran por mi causa, y que hoy quiero que sean también las mías.

Hoy llego a ti, harapiento y con hambre, para entregarme en un acto sin precedentes y sin condiciones en la soledad de mi cubrerrostro, para ser, definitivamente, como tú quieres que yo sea.

Sabes que vengo de la senda tortuosa que me llevó al extremo en el que tú no estabas. Sabes que tropecé y caí, que me perdí y no sabía cómo volver. Tal era mi vergüenza.

No sé cómo llegué a encontrarte. ¿Acaso viniste tú a por mí? ¿Acaso nunca te fuiste de mi lado cuando te ofendía? Ahora lo sé: estabas conmigo, Señor. Era yo quien no estaba contigo. Y hoy me tienes de nuevo en tu presencia. Si quieres, no me trates como a un hijo, no merezco ser llamado hijo tuyo, pero tenme a tu lado”.

Al oír estas palabras Dios mismo se conmovió, tal es su misericordia. Y le abrió una vez más los brazos, que llevaba maniatados, para acogerlo en su seno como acogen en un abrazo inmenso, inertes, los Crucificados a quienes acuden a ellos sin vida también.

El arrepentimiento que puso ante el Señor aquel nazareno esa tarde no sería sino el comienzo de un día nuevo, de una vida nueva que se nos da la oportunidad de vivir tras cada estación de penitencia. Luego llegaría el momento de confesar sus pecados en el sacramento de la reconciliación. Y más tarde, la penitencia a cumplir por las calles de Córdoba.

¡Cuán necesario y reparador es el sacramento de la Confesión antes de participar en una procesión! Debería ser algo obligado en todas las cofradías aunque por desgracia ni lo es esto ni lo es la misa de hermanos ante nuestros Sagrados Titulares. Qué necesario se hace salir a llevar al Señor a todo el que lo espera y lo necesita estando llenos de Él, habiendo comido de su Pan y bebido de su Vino en la Eucaristía. Estando limpios, casi puros, renovados, como los niños nazarenos de nuestras hermandades.

Como los pequeños nazarenos de la Borriquita, que nos anuncian la Pasión que le viene siguiendo los pasos al Señor de la Entrada Triunfal montado sobre un pollino.

¿Cómo se levantarán los niños que acompañan a la Borriquita un Domingo de Ramos? Quizá sea para ellos la madrugada anterior como una nueva noche de Reyes en la que dormirse temprano para que cuanto antes amanezca el día. Noche de nervios, mañana de gozo que pronto se teñirá de sangre. Mañana espléndida de sol y paseos de los cordobeses Alfonso XIII y San Pablo abajo para encontrarse con la multitud del pueblo asistiendo a la procesión.

Será para esos niños de la Borriquita la mañana como para mí fue la tarde de un Domingo de Ramos de hace ya 24 años, como será la tarde para los niños que acompañan con esclavina a su hermandad. En medio de la seriedad que requiere toda estación de penitencia, ellos ponen dulzura y ternura al drama de la Pasión con su canasto de caramelos, con sus pabilos enciendevelas y estampitas para repartir. Son los **nazarenos niños**.

Nazarenos de inocencia,
hebreos de la Borriquita,
balanceando en el aire
triumfales palmas benditas.

Niños de las procesiones
de roquete y de esclavina,
un revuelo de chiquillos
calle abajo, calle arriba.

Nazarenos de inocencia,
niños de las cofradías,
estrenando devociones
por Jesucristo y María

Sin embargo, no siempre la devoción acompaña a los niños cuando se hacen adultos. Qué doloroso se hace para las cofradías y quienes las amamos ver cómo el hábito no permanece puesto en muchos de esos nazarenos niños y adolescentes. ¿Qué hacemos mal para que el apego a la túnica no esté en muchos de nosotros por siempre? ¿En qué estamos

fallando las cofradías en general o los cofrades de manera particular para que el número de nazarenos no aumente como lo hacen las “vocaciones” del costal y de las bandas y en algunas hermandades incluso se pierdan nazarenos año tras año?

Quizá sea aquí importante y crucial la atención prestada a los nazarenos desde las hermandades y a la vez el ejemplo vivido en casa. La cofradía debe esmerarse en hacer sentir al nazareno parte vital e imprescindible, porque lo es, de la propia corporación.

No debemos olvidar que es habitualmente el cuerpo de nazarenos el grupo más numeroso y, puestos a decir, el que menos problemas da. Nunca escuché que una cofradía quedara en casa por falta de nazarenos. Es, a la vez, anónimo, no tienen lugar en él el protagonismo ni el exhibicionismo. En este anonimato y sencillez radica su grandeza. No tiene libros editados sobre su figura ni capítulos en las enciclopedias cofrades. Tampoco se hacen coloquios y charlas sobre el papel de los nazarenos en la Semana Santa. Las sagas de nazarenos no son motivo de homenajes ni reconocimientos aunque estén formadas por varias generaciones. El buen nazareno ni se da a conocer ni busca su gloria en la publicidad de su penitencia y no actúa nunca como un lobby de presión que quite o ponga diputados de tramo o juntas de gobierno de manera consensuada y premeditada. Quizá por todo ello sea muchas veces el gran olvidado de las hermandades. Sin embargo, qué sería de una cofradía en la calle sin nazarenos. Sencillamente, no sería una cofradía, no tendría razón de ser.

En este sentido, hace falta, pues, que las hermandades reconozcan el valor de sus nazarenos, el primero de los componentes de las procesiones que existió, y le presten la atención que merecen, procurándoles principalmente la formación necesaria para que salgan a la calle sabiendo bien lo que

hacen. De otro modo serán hábitos vacíos los que compongan las procesiones y sólo servirán para aumentar los ingresos de las cofradías y pedir más tiempo de paso en la Agrupación. Serán un mero número. Cantidad y no calidad. Continentes sin contenido.

Y si las corporaciones deben enseñar y formar en cultura cofrade con todo lo que ello conlleva: Palabra, liturgia o arte... es a la familia cristiana a la que corresponde educar a sus miembros en la tradición. Inculcarla. Una buena forma de lograrlo es haciendo partícipes a los niños desde pequeños en las procesiones pero haciéndoles ver, conforme crezcan, que no se viste uno de nazareno como se viste para el carnaval. Deben ser las familias conscientes de que la túnica no es un disfraz con el que fotografiar y ver más gracioso al niño de la casa. Es mucho más que eso.

Lo saben quienes muestran arrugas tras los cubrerrostros, manos adultas sosteniendo el cirio, curtidas por el trabajo de limpiar orfebrería, hermanos con decenas y decenas de estaciones de penitencia bajo sus pies, padres y madres cuya pertenencia a una hermandad será un buen motivo para que sus hijos sigan el ejemplo cuando sean mayores. Hasta que cada vez con más frecuencia, con el paso del tiempo, haya cortejos formados principalmente por personas que no van a pasar el rato con el amigo de turno sino a realizar una verdadera penitencia, por personas consecuentes con lo que están haciendo al salir de nazareno, sabedoras de la importancia y la responsabilidad que ello tiene y conocedoras de las virtudes y el enriquecimiento espiritual que conlleva la estación de penitencia.

Aunque hay más. Mucho más. Ser nazareno permite también vivir unas experiencias que comienzan mucho antes de la procesión. Empiezan semanas antes. Es, la víspera, quizá el momento que más se disfruta. Y son los actos que preceden a la estación de penitencia, como el de recoger la

túnica, los que más se saborean. La ciudad comienza su metamorfosis a la primavera: atmósfera vital, limpia y fresca, ganas de calle de las gentes y ganas de pasos en los cordobeses. La cuenta atrás ha comenzado...

Respirando ese ambiente va el hermano nazareno a sacar la papeleta de sitio a su cofradía. Encontrará por la calle a sus hermanos de las trabajaderas con el costal bajo el brazo camino de los ensayos y sabrá que la Semana Santa no tardará en llegar. Muchos carteles la anuncian, la delatan y adelantan pequeños detalles que se harán presentes en medios de comunicación y redes sociales. El montaje de palcos en carrera oficial, las más tempranas flores de azahar o las primeras igualás y ensayos... Todo podrá retrasarse o adelantarse según el año. Pero nada tan certero de que ya está aquí la Semana Santa y tan cercano a ella, tan emotivo y tan personal, a la vez, como ver por las calles del Centro futuros nazarenos con el capirote de cartón recién comprado. Eso sí que es un silencioso pregón.

Llegará pronto el Viernes de Dolores, el viernes más cordobés del calendario. Y la ciudad volverá a rendirse en esta plaza de Capuchinos a la que es su gran devoción, la Virgen de Córdoba, Nuestra Señora de los Dolores. Y comenzará la Semana Santa y con ella el nazareno vivirá los más bellos momentos del año. Como telón de fondo, el silencio o la música. Si es con ésta, como banda sonora tendrá marchas procesionales que le acompañarán durante la estación de penitencia y que servirán tanto como el silencio para hacerle llegar a Dios. Porque, ¿quién lo duda? Hasta el Señor llevan bandas como esta que me acompaña de María Santísima de la Esperanza, y con ella hasta Dios suben plegarias, oraciones instrumentales, como ésta que ahora interpreta: Saeta cordobesa.

(Suena Saeta cordobesa)

Con la ropita planchada

Apenas ha almorzado. Los nervios se han hecho un sitio en su estómago. Y el reloj avanza lento, muy lento. Pausadas sus manecillas como pausado ha sido el año para él. Se llama Álvaro, tiene 20 años y está a punto de vivir su duodécima estación de penitencia.

Es Lunes Santo y son las dos de la tarde en una casa cualquiera de la Huerta de la Reina. Pero podría ser Martes Santo en el barrio del Naranjo, Jueves Santo en Poniente o Viernes Santo en el Campo de la Verdad.

En los comercios cuelgan aún los carteles de la Cuaresma de la hermandad del barrio y a lo largo de la mañana no se ha hablado en ellos de otra cosa. Las calles están preparadas para recibir lo máspreciado que tienen.

En casa también es el tema del día. Lo lleva siendo semanas, años. Desde que la hermandad llegó desde el otro lado de las vías del tren. En el salón la ropa está ya planchada y colgada en perchas. Son cuatro hábitos de diferente tamaño de túnica y capa crema y cubrerrostro azul marino. Una de ellas es de Álvaro, el mayor de los tres hermanos, las otras dos de los pequeños y la cuarta de su padre. Salen todos en la Estrella.

Faltan poco más de tres horas para que la hermandad ponga su cruz de guía en la puerta de la iglesia de San Fernando y los nervios se han hecho un sitio en su estómago. Álvaro piensa en dormir un rato para estar descansado durante el largo recorrido y aguantar con fuerzas, pero no es capaz de coger el sueño. Los hermanos menores se reparten las estampitas que darán durante la procesión y el padre descansa en el sofá mientras llega la hora de vestirse. La hora bendita que siempre llega una vez al año. Para el padre son ya 17. Sólo faltó aquella vez en que lo operaron poco antes de Semana Santa, la que pasó convaleciente sin poder salir de nazareno. “Aquello sí

que fue una estación de penitencia...”, comenta siempre que recuerda aquel hecho tan doloroso, el de ver salir su hermandad a pie de calle, vestido de paisano y escuchar desde fuera el Himno Nacional al salir el Señor. Entonces ya procesionaba la Virgen, a la que ese año debía acompañar. Se le hizo duro no ver la trasera del paso de misterio adentrarse en la calle desde el interior de la iglesia. Como duro fue el aplaudir y escuchar aplausos a su alrededor. Pero esta vez sí saldrá, piensa contento mirando la televisión, en la que un mapa del tiempo pinta soles sobre Andalucía, mientras llega la hora crucial.

Y por fin llega. Los hermanos más pequeños se visten con la ayuda de su madre en el salón de la casa, pero Álvaro y su padre prefieren hacerlo en la intimidad de su habitación. Es para ellos todo un ceremonial que viven juntos desde que comenzaron a salir con la Estrella y que empieza cada Lunes Santo con un Padrenuestro, un Ave María y un Gloria, los primeros de los muchos que rezarán esa tarde.

Al ponerse la túnica, sienten que se revisten del lustre que da el reflejo de la luz del Señor, presente en aquella estancia como está presente en todos los hogares en los que a esa misma hora se repite esa escena. En silencio, revestidos con la túnica, anudan el cingulo a la cintura y con él anudan sus sueños y sus promesas para todo el año. La túnica es para ellos como una segunda piel. Imprime carácter. Es algo que sólo saben, que sólo experimentan, quienes alguna vez han vestido el hábito como ha de hacerse. No es comparable a vestirse de cualquier otra cosa. Porque para ponerse la túnica de nazareno hay que estar desnudos de espíritu o tener la intención de desnudarse ante Dios durante la procesión. Porque vestir con la túnica compromete o debería comprometer y hecha la estación de penitencia como es debido, limpia el alma.

Uno al otro, padre e hijo, se colocan la capa en los hombros y ponen el cubrerrostro sobre el capirote de cartón para salir al salón, desde donde llegan risas y jaleo. Eso sí, antes, con la emoción a flor de piel, los dos se funden en un fuerte abrazo.

Al salir ven una escena muy distinta. Los dos hermanos adolescentes se vistieron mientras charlaban sobre el nuevo estreno de su cofradía este año y se alegraban de ver el sol en la calle. Uno tarareaba una marcha, el otro simulaba el movimiento del paso. Cosas de adolescentes llenos de ilusión y ávidos de escuchar a la corneta llamar para que suene el himno y la primera marcha.

-Que no se olviden los guantes, dice la madre.

-Ni las papeletas de sitio, añade Álvaro, el hermano mayor.

Parece que todo está preparado. Ya no hay vuelta atrás. Hoy es Lunes Santo y salen a la calle. En el portal del edificio se colocan los cubrerrostros para recorrer la escasa distancia que los separa de la iglesia, en cuya entrada se arremolinan los nazarenos que han comenzado a llegar y que se abren paso entre la gente que ya está apostada en la puerta por la que sale la hermandad.

También se arremolinan en este cancel del Santo Ángel los nazarenos de la Sangre el Martes Santo. Minutos antes, muchos habrán recorrido a pie el camino que une su casa con el templo. Quizá en compañía de esposa, hijos o amigos pero solos al fin y al cabo como solos estarán durante la procesión. A solas con Dios.

Van por el camino más corto, y el camino más corto es a la vez el más largo. Interminable y perpetuo, pues parece extenderse y alejarle el destino. Y es el mismo de cualquier domingo de misa y rosario. Ese camino que hacen tantas veces para ver a sus Titulares y que una vez al año andan y desandan cubiertos. Ése que el nazareno ha recorrido en multitud de ocasiones aguantándose las lágrimas que brotaron a borbotones delante de su Cristo y de su Virgen al llegar a ellos y lo ha hecho otras veces casi corriendo, saltándose sus propios pasos para compartir con Ellos su fortuna.

Y parece, sin embargo, hoy el camino más largo; hoy que las iglesias huelen a flores. Hoy, que están preñadas de los pasos que gestaron en la irremediable calma en la que se alzó el palio, en la serena quietud en que se dispuso la cera, en la irrevocable ansia de la tarde en que la flor pincharon, tallo a tallo, y se dio brillo a un varal que ya relumbraba con la excusa de ver más cerca a la Virgen.

Por la calle los asaltarán comentarios de los curiosos:

-“¿En qué hermandad salís vosotros?”

-“¡Mira Manuel, dile hola al nazareno!”- Escucharán.

Son estos, instantes de nervios, y a la vez de regocijo, pues el nazareno camina hacia una ilusión, hacia el sueño de todo un año o tal vez más tiempo.

He visto a nazarenos ir con sus hijos pequeños de la mano enseñándoles el recorrido que lleva a la iglesia como enseñándoles la senda por la que caminarán rectos en la vida. Ellos caminan contentos, sonrientes, son aún pequeños, no conocen ni entienden de sinsabores. Tienen sólo edad de ser

felices. Va distinto el padre. Él lleva en la cabeza sus cosas, responsabilidades y preocupaciones de las que no puede desprenderse. Será esa tarde un buen momento para ofrecerlas como sacrificio al Señor, al que esta vez no realiza una visita como otras tantas.

Esta vez no va a visitar a sus Titulares. En esta ocasión va hacia Ellos para asistir y ser partícipe de su dolorosa y dramática Pasión. Hoy no toca pedir compañía, hoy es el momento de devolverles al Señor de la Sangre y a la Virgen de los Ángeles la que ellos procuran el resto del año a los **nazarenos del Císter**.

Nazarenos cistercienses,
de temprana penitencia
y origen en viejos sueños
cofrades de adolescencia
Nazarenos de la Sangre
de Cristo y su omnipotencia,
que en la Catedral consuman
sacramentales vivencias.
Nazareno cisterciense
al que hacen confidencias
los ángeles que a la Virgen
cantan su benevolencia

(Suena La Sangre y la Gloria)

Por fin llegan los nazarenos a sus respectivos templos. Al entrar muestran su papeleta de sitio y ya en el interior la procesión comienza a organizarse. A simple vista todo es igual que el resto de años. Pero nuevo a la vez para quienes se estrenan con la hermandad. Incluso, aún no se ha hecho a la idea el veterano nazareno de la repetición del rito, y lo afrontará emocionado y asombrado como la vez primera que lo asumió y lo hizo suyo.

Desde el más profundo silencio, el templo pasará gradualmente a un murmullo que irá llenando poco a poco sus naves que pronto serán un bosque de capirotos que andan de un lado para otro buscando su lugar en el cortejo. Alguien encenderá levemente la candelera del paso de palio, comenzarán a arder las llamas en el interior de las tulipas del paso del Señor. Y comenzará a oler a incienso en una atmósfera que ya habrán hecho suya la fragancia de las rosas y los claveles que engalanan los pasos en los que presiden, radiantes, las imágenes Titulares. Y, ya en el templo, frente a los pasos, la conversación más larga con Dios se consume como la más corta. El corazón que hace semanas late en la iglesia, hoy acelera su pulso. Danzan sístole y diástole al compás que marca el turiferario incensando a las imágenes.

A ellas, como saetas, llegan ahora continuas las peticiones de los nazarenos desde cualquier punto de la iglesia:

Por mi hermanito que está en el cielo, por mis padres que viven separados, por mi abuela que está muy mayor, por la nueva niña que llegará a la familia y por sus papás... acuérdate de todos ellos, Señor. No los dejes, que a mí nunca me abandonaste.

Y volarán hacia las imágenes los agradecimientos:

Porque aprobé aquel examen tan importante, porque aquella prueba médica maldita dio negativo, porque me advertiste y me diste capacidad y libertad para escucharte, por esos dos soles de hijos que me has dado y que son la alegría de mi casa, porque me quiere esa niña a la que yo también quiero. Por todo, gracias.

Y los nazarenos más atrevidos, los de más confianza, asaltarán entre los arbóreos y los varales con los piropos, tan de nuestra tierra:

¡Qué guapo que estás hoy con tu túnica morada, que bello tu paso de clavel rojo...! ¿Y tu madre? ¿Qué me dices de tu madre? Se le pararon las lágrimas al verme de nuevo ante ella, tal ha sido su alegría, y a mí comencaron a derramárseme. ¿Se puede estar más elegante? ¿Puede acaso llevarse con más dignidad, con más aceptación, con más belleza, el luto que expresa su cara y el cáliz que Dios le ha dado a beber desde que te engendró en su vientre?

Todo esto ocurrirá en medio de un caos de capirotos rojos o de cubrerrostros verdes o morados, de rasos, sarga, terciopelo o de ruanes negros, según la hermandad, que encauzará pronto el diputado de desfile con orden hacia la puerta cuando se quejen bruscos sus cerrojos, se abran las maderas y dé el arco paso a una luz que ha de pintar un retablo de sombras en el interior del templo.

Al fondo, desde la nave principal, se presiente una multitud. La cofradía comienza a salir, se pone en marcha, como en un desperezarse, como en un despertar del letargo de todo un año en el que el cortejo toma forma y se alarga hasta hacerse con toda la calle. Un río caudaloso de capirotos avanza por el cauce de fachadas y balcones.

Y, abrumado, el nazareno, se dará a la bulla que murmulla en la calle y aguarda el milagro al otro lado del arco, en la plaza. No por blancas sus paredes es frío el populoso lugar, que habitan la expectación y el asombro ante el espectáculo de la procesión. Nerviosa y lenta fue para los nazarenos la espera de la salida, fugaz el instante en que lo hizo. No volverá a producirse hasta pasado un año.

Especialmente emotiva es la salida de una hermandad de barrio. Las mismas escenas descritas se repiten en muchos cordobeses anónimos de un barrio cualquiera en los que la vida late a golpe de tambor cada Cuaresma y Semana Santa.

Son los nazarenos de los barrios peregrinos desde lejos al encuentro del Señor. Nazarenos numerosos de la Estrella o la Sagrada Cena. Nazarenos con vitalidad, cortejos jóvenes en los barrios nuevos y más curtidos en los antiguos. Cada nazareno lleva el carisma del barrio al que pertenece así como el de su hermandad, influido éste por las gentes de la feligresía que componen en mayor medida el cortejo.

Cuánta vida cofrade hay en los barrios cordobeses. Es de ellos de los que se nutren principalmente las cofradías que emigraron hasta allí o que nacieron en estos lugares como el Descendimiento y la Vera Cruz en el Campo de la Verdad, el Amor en el Cerro, la Piedad de las Palmeras, la Agonía en El Naranjo o en el Zumbacón la Merced.

Nazareno mercedario,
penitente que vas preso
del corazón de María
Libertadora del cielo.
Nazareno de Levante:
bulla fina, barrio bueno,
zumbaconera es tu alma
marfil y cuero tu cuerpo.
Nazareno mercedario
que se inclina ante un convento
escoltado por naranjos
del barrio de los toreros.

18

Se inclina el nazareno de la Merced como lo hacen otros muchos en la Catedral ante la Cruz Guiona o el Santísimo Sacramento, como se arrodillan los nazarenos de la Esperanza en Santa Marina. Cobra sentido pleno la estación de penitencia en este preciso momento. Se detienen los pensamientos, frenan las oraciones, la charla con el compañero de fila... Es el momento culmen de la estación de penitencia. Un momento, parafraseando al Papa Francisco, privilegiado para el encuentro con Cristo.

Porque en el Sagrario o expuesto en el altar es Cristo mismo quien está presente delante de nosotros. Toda rodilla se doble ante Él y toda lengua

confiese a Dios en el silencio de los templos a los que llegan los nazarenos para adorar a Jesús Sacramentado.

Lástima que no todas las estaciones de penitencia cobren pleno sentido yendo a la Catedral o adorando al Santísimo en cualquier iglesia o capilla de la ciudad como lo hace la Sagrada Cena.

Jueves Santo. Luz en el Monumento, recogimiento y oración en la Trinidad. Aquí nada distrae a los nazarenos de lo que vienen a hacer. La adoración al Santísimo Sacramento se produce en una atmósfera limpia y callada de emoción contenida que si estalla lo hace en forma de lágrimas en los corazones puros y sinceros. Los que llegan al Señor conscientes de lo que hacen y sabedores de lo que son: nada sin Él. Suena en el aire El Corpus.

(Suena El Corpus)

19

El silencio

No todos los nazarenos son iguales. Pocos tienen el empaque y el sabor añejo del cortejo nazareno blanco de la Misericordia o la silueta elegante de los de la Expiración. Aunque cabe esperar la compostura necesaria en unas y otras hermandades para vestir la túnica, no siempre ocurre así. Aquí juega un papel importante la responsabilidad de cada nazareno y la de su celador o diputado de tramo, uno de los puestos clave en el buen discurrir de una estación de penitencia y a la vez uno de los menos reconocidos. No basta con coordinar el movimiento de las filas ni con cumplir horarios. Habrá de velar el diputado de desfile o de tramo por la correcta vestimenta de los nazarenos, que no se vean bajos de los pantalones, ni mangas de camisetas, ni relojes, pulseras o anillos... Aprendí bien esta lección en la hermandad

del Via Crucis del Santo Cristo de la Salud y es admirable, como en ella, tal rigurosidad vistiendo en cualquier cofradía que se pueda o quiera considerar seria. Como suele ocurrir en las hermandades de silencio.

Nazareno de silencio. Nazareno del dolor. De la tragedia. Del llanto. De la amargura. Rictus serio. Apagado. Sin aliento. Tan firme su cuerpo como derrumbada su alma. Embargado por el drama que va tras de sí. La muerte del Señor va impresa en tus ojos, nazareno negro del Via Crucis y Ánimas, nazarenos exquisitos de la Expiración, Buena Muerte, del Santo Sepulcro... Nazareno que te rompes como la saeta cantada desde una esquina en la noche negra de la desventura, en la noche del Viernes Santo en la que el desconsuelo de María vacía tu alma **nazareno de la Soledad**.

Nazarenos soleanos
rigurosos y elegantes
sanjuanés para su Virgen
de adusto y sobrio talante.
Nazarenos franciscanos
de dolorido semblante
y corazón de congoja
heredada de la Madre.
Nazarenos soleanos
con premura caminantes
cirio tiniebla al cuadril
que es de su fe el estandarte

Ya es Viernes Santo. Se muere en el Campo de la Verdad la cera frágil, maleable, mareada y deshecha por un pulgar a su antojo antes de volver al cuerpo que, firme, la desprendió y del que acabará cayendo. Y entre nazarenos, en la Compañía se muere el incienso, se desintegra y desaparece, se desvanece, se funde en negro en la repetida escena del drama que emite la noche desde la parabólica luna, en su hiperbólica oscuridad; y se olvida su aroma aunque merodee su recuerdo.

En Santiago, muertas caminan las esperanzas; traspasados los llantos, de extenuación, muertos; las fuerzas, sin nervio que las tense, que las remueva, muertas. En San Pablo, nazarenos golpeados, en la espalda, por maderas que crujen que pesan y que pasan sobre el hombro como piedras en aceñas que la corriente empuja: tributo al trigo que se ha inmolado.

Muertas las miradas de los cubrerrostros. Seca su paleta de acuarelas verdes, azules, que pintaron dicha tras el antifaz la mañana de los ramos, cuando final tan trágico no se auguraba y la angustia quedaba lejos, y el desgarró acaso se presentía sólo porque se profetizaba, se intuía. No eran casuales las palmas. Habrán también de secarse.

Porque apagadas las flores, marchitas las velas, nada falta por morir.

Y es ya madrugada de Sábado Santo. Callan, muertas, las cornetas; callan, raucos, los tambores las voces que exhalaban antes de apagarse la noche. Esta noche que mató a la angustia e hirió de muerte al dolor; la que dejó sin vida al desgarró, abatido, mareado, deshecho cual cera en la cornisa del cirio donde ya no juega el pulgar antes de echarla a la llama para que vuelva a fundirla antes de derramarla.

Callan las saetas, muertas; desmayados los cantes por los balcones – muertos- que los lanzaban poderosos, y en esta hora están ya vacíos, silentes y sin saetas; secos, como los ojos de los nazarenos, ya sin lágrimas que derramar. Ha expirado el Viernes Santo. Cristo yace en el Sepulcro. Sólo puede morir ya la muerte. Mañana, resurgirá la Vida.

Contrapuesto al nazareno de silencio es el nazareno de la bulla. Aunque en el fondo todos tienen una oportunidad espléndida durante la estación de penitencia de acercarse a Dios y a ellos mismos, vaya su hermandad más o menos seria. Son momentos los de la procesión para la reflexión. Será preciso y bueno que el hermano nazareno se pregunte el porqué de su participación en la estación de penitencia. Mientras camina por el paso que se abre entre el pueblo tendrá tiempo de rezar el rosario, el Via Crucis o simplemente de conversar con Dios, de decirle y de callar para escucharle con el corazón. De pedirle, de hacer examen de conciencia, pero sobre todo de rezar y agradecerle, de hacerle partícipe de su vida.

Y entre medias de todo esto, irremediabilmente, llegarán las tentaciones. ¿Quién no ha tenido la tentación de sentarse en medio de un parón irresistible como los que aguantan estoicos los nazarenos de ciertas cofradías? ¿Quién no ha tenido la tentación de enterarse del final de la animada conversación que mantenían dos señoras del público y de la que le hicieron partícipe al nazareno sin preguntarle y casi sin pretenderlo éste? ¿O de opinar sobre las estupideces y leyendas urbanas que sobre la cofradía estaban contando una mujer a la otra? ¿Quién no ha querido dar un trago a esa lata de refresco que tenía en la mano un chiquillo y comerse un buen bocadillo de tortilla o calamares al pasar por algún bar desde el que se desprendía olor a gloria? ¿Quién no ha sentido ganas de derramarle la cera

encima a los niños imprudentes que pasaron armando jaleo por mitad del cortejo de silencio? ¿Quién no se ha dejado conquistar por las marchas que tocan a su Cristo o su Virgen y ha mirado hacia atrás para verles la cara? Aunque éste es un privilegio reservado a los hermanos que van en el último tramo, pues la mayoría de los nazarenos hacen su penitencia lejos de los pasos, viendo solo los capirotos que se alargan delante de ellos. Doble mérito el suyo, que no van junto a las imágenes Titulares, aunque nadie les puede quitar la satisfacción de alumbrarles el camino y de ir, por tanto, tan cerca de Dios como los últimos de su fila.

Nazareno del gozo

Existe un nazareno del gozo, que tiene su paradigma en aquellos que irradian luz y miran a través de los ojos verdes de una Virgen niña y morena.

Tiene Santa Marina el orgullo de ser la casa del gran acontecimiento, el más importante de la historia: la casa de la Resurrección. Y tiene el nazareno de la Esperanza el privilegio de anunciar lo que al fin sucederá. Cuando todo el mundo llora, sabe éste nazareno que no está en el llanto el final. Lo intuye desde que sale por la puerta de San Andrés a la calle con la personal forma de procesionar a sus Sagrados Titulares y lo corrobora al entrar como volviendo al pasado en el templo de Santa Marina. Allí, en la penumbra, tras rendirse ante el Señor en el Sagrario, contempla silenciosos, casi sin llamar la atención, los pasos del desenlace. Todo tiene un final, y ya aquí se presiente. Pero no es el final que cabe esperar a la vista de los acontecimientos que se producen en las calles. Es un final tan distinto y tan bello...

Sobre los pasos, el Señor Resucitado y su Madre de la Alegría. En la oscuridad del templo el nazareno dialoga con ellos, su corazón se ensancha y tiene, para él, todo ahora sentido. Son la Esperanza y sus hermanos un preludio de lo que ha de venir siete días más tarde y se aprecia en cada detalle del cortejo de terciopelo, oro y guadamecí. Se transmite por donde van pasando con su peculiar forma de hacer estación de penitencia, con su impronta en la calle.

Y es el espíritu jubiloso de este hábito del que se imbuyen quienes visten túnica blanca y cubrerrostro verde. Quienes llevan con sus imágenes el consuelo y el gozo a quien las contempla. Son los **nazarenos de la Esperanza**.

Nazareno esperancista,
pregonero de alegría
capa blanca a los vientos
palmas, ancla, algarabía
Nazareno jubiloso
que anuncia a Santa María
que no pierde su entereza
y en su esperanza porfía.
Nazareno esperancista,
profeta de la alegría
que atestigüas el martirio
y prefiguras la vida

Y esa vida anunciada al comienzo de la historia, triunfará una semana después en el hábito blanco de la Resurrección.

Y pasará la Semana Santa, y limpios volverán a los atillos y a los armarios las túnicas y cubrerrostros hasta el año que viene. Pero el buen nazareno no dejará de serlo, no dejará morir su esencia, que en el fondo de cada uno permanecerá en forma de frutos espirituales de la estación de penitencia. Cojamos, pues, un simbólico cirio o una simbólica cruz para alumbrar y seguir los pasos de Dios en nuestra vida diaria. Seamos, pues, sus nazarenos todos los días del año.

Que así sea.

(Suena La Esperanza de María)